La Realidad y La Palabra

Noviembre 2026

SOSIEGO

Hubo un tiempo en el que solo hacíamos fotos cuando emprendíamos un viaje o cuando el acontecimiento lo requería, como cumpleaños, bodas, bautizos y comuniones. El momento, el paisaje y el paisanaje eran sometidos a estricto criterio, también económico, porque al click del disparador de la cámara se unía, inconscientemente, el timbre de la caja registradora de las de la época. Había desembolso económico en la compra del carrete, de 12 fotos para cumpleaños, 24 para salidas de fin de semana y 36 para vacaciones, que se incrementaba con el revelado, por el que además debíamos esperar. La recogida, no exenta de excitación por ver el resultado, era un momento esperado desde que depositábamos el carrete. Si el resultado era óptimo, las fotos pasaban a engrosar la colección de álbumes de la familia, con cajón propio en la alacena, del que salían con frecuencia para contar las vacaciones a personas allegadas, recordar buenos momentos o, para vergüenza propia y orgullo de madres, mostrar a noviazgos recientes en su primera visita a nuestra casa, lo guapos o guapas que éramos en nuestra niñez, infancia y adolescencia.

La fotografía digital ha acabado con el rito y todas esas connotaciones han desaparecido. Con el móvil hacemos fotos como si no hubiera un mañana, compulsivamente y a la misma velocidad con la que pasan automáticamente a engrosar la carpeta de nuestro teléfono móvil donde permanecerán olvidadas la mayoría de ellas. Hacer fotos ha pasado a ser un gesto cotidiano que ignora el gasto energético y el deterioro ambiental que subyace en el almacenamiento, casi siempre innecesario, de miles de imágenes que nunca serán mostradas.

Con la Inteligencia Artificial a ‘nivel usuario’ puede pasarnos lo mismo que con la fotografía. Obtenemos información de forma inmediata y la desechamos a la misma velocidad. Rara vez acumulamos conocimiento. Nos están acostumbrando a no pensar, a no procesar, a no crear…a no recordar. Un libro, al parecer escrito con IA acaba de ganar un premio internacional de novela corta. El engaño lo ha detectado una herramienta, también de IA.

De esto va el tecno-feudalismo, como lo define Varoufakis, de colonizar el pensamiento, también a través de acelerar nuestras vidas. Cada primero de mes recibimos información sobre las películas y series que van a estrenarse durante el mismo y que a razón de diez por cada plataforma de streaming hace que tengamos siempre disponibles al menos cincuenta opciones de entretenimiento pasivo, sin contar los pódcast. Para poder con todo nos posibilitan verlo u oírlo a doble o triple velocidad.

Hubo un tiempo en el que viajar era la receta para la cura de determinadas enfermedades por lo que suponían de tranquilidad, relajamiento y contemplación. Ahora cualquier viaje supone estrés y causa enfermedad. Se programan visitas de un día a ciudades como Madrid o Barcelona, desde Barcelona o Madrid. Que la ‘marcha normal’ a la que autoriza un controlador de tráfico de trenes sea a 250 km. por hora no es normal. A esa velocidad cualquier problema se agrava. En la era de la inmediatez, la espera se percibe como un fallo del sistema.

Desaceleramos de forma abrupta cuando un accidente tan brutal como el que acaba de suceder en Urda

nos golpea, de la misma forma que levantamos instintivamente el pie del acelerador en una autopista cuando pasamos por el lugar donde ha ocurrido un accidente y los coches, destrozados o calcinados, aún permanecen en la cuneta. Nos ponemos en la piel de las familias afectadas directamente por la tragedia y sentimos su dolor al tiempo que nos reconforta la reacción, una vez más, de las y los habitantes de Urda y pueblos cercanos, que ofrecen lo que tienen para tratar de ayudar. Por unos momentos volvemos a ser lo que durante muchos miles de años hemos sido, una especie empática, solidaria y colaborativa que desprovista de velocidad, capacidad de vuelo, piel protectora y garras o afilados dientes, hemos logrado llegar hasta aquí gracias a la cooperación, nuestra gran arma evolutiva.

También en esos momentos sale a relucir esa falsa teoría social del 'homo económicus' que considera el egoísmo personal motor de progreso. Tras el atentado de las torres gemelas de Nueva York alguien incrementó su fortuna alquilando rápidamente todos los locales disponibles en kilómetros a la redonda y realquilarlos posteriormente, triplicando su precio, a las compañías afectadas por la destrucción de sus sedes en las citadas torres. Tras el accidente ocurrido en Urda se anularon viajes compartidos ya concertados a través de la plataforma BlaBlaCar que volvieron a aparecer pero mucho más caros unos minutos más tarde. Son solo un par de ejemplos a distinta escala de cómo actúa ese 'homo económicus' que según determinados economistas tanto hace por el progreso y el desarrollo. Uno a nivel inmobiliario y el otro en un sector que podríamos considerar ajeno a la especulación y considerado como ejemplo de cooperación y aprovechamiento. Una gota de cianuro contamina de 500 a 1000 litros de agua, pero no somos cianuro, al menos el 99% de las personas.

Que ni siquiera en campaña o tal vez precisamente por estar en ella se respete el dolor, el desconcierto y el abatimiento de familiares y personas allegadas a las víctimas del accidente nos devuelve rápidamente (siempre la velocidad y la inmediatez como marco) a una realidad prefabricada de la que no quieren que nos abstraigamos ni por unas horas. Al capitalismo impaciente le urge que volvamos 'cada uno a lo nuestro',

Nos falta sosiego. Volvemos a citar a Walter Benjamín para quien la verdadera revolución debía ser la detención radical y la ralentización de nuestras vidas como freno a la imposición de más velocidad, más rendimiento, más productividad y más competencia. En Attac no nos resignamos. Seguimos y seguiremos denunciando esa gota de cianuro llamado capitalismo que envenena y envilece nuestra convivencia. Nuestro optimismo antropológico nos inspira y nos impulsa a seguir trabajando por **OTRO MUNDO POSIBLE** y por el derecho a soñar sin miedo una humanidad que comparta con la naturaleza una esperanza sostenible, como escribe Manuel Rivas en su reciente libro '*La revolución de las luciérnagas'.*

Una vez más, desde el sosiego, gracias por acompañarnos en este empeño.